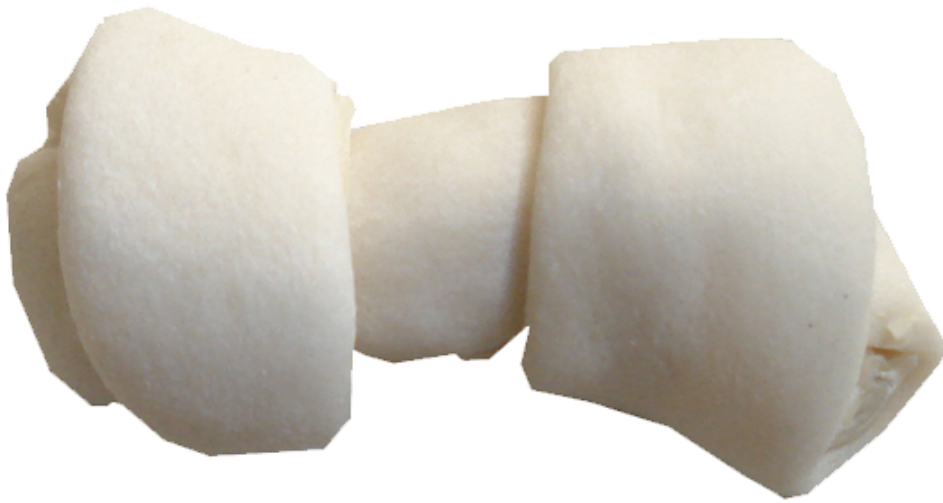


Carlos Liscano

# Conversaciones con Valent



**Carlos Liscano**

**Conversaciones con Valent<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> Valent, compañero del alma a quien debo estas conversaciones, murió la noche del 16 al 17 de marzo de 2013.

## 1

A las ocho de la mañana, el amo y el perro salen a caminar por el campo.

Amo: Valent, vamos a caminar un rato.

Valent: Pero no un paseo demasiado largo. Hace calor y me da mucha sed.

Amo: Solo un paseo corto hasta el final del campo.

Valent: Te sigo.

Amo: Siento la necesidad de comunicarte algunas ideas de importancia mediana; pequeñas reflexiones sobre asuntos mínimos que el ruido y el exceso de estímulos escamotean al espíritu del ciudadano dedicado a cumplir las obligaciones que la sociedad impone.

Valent: No es un buen comienzo.

Amo: Esperá un poco.

Valent: Te lo repito, no es un buen comienzo.

Amo: Y yo te repito que esperes.

Valent: Espero hasta mañana, todo lo que quieras. Igual nunca va a ser un buen comienzo.

Amo: Hay días en que uno consigue no hacer nada. Son los mejores, aunque exigen mucho esfuerzo. Hoy, hasta hace un rato, fue un día así. Ya no. Ya estoy en marcha otra vez.

Valent: La cabeza no te deja en paz.

Amo: Yo soy un hombre sencillo, no me invento problemas.

Valent: Lo importante no es declararse sencillo. Lo importante es no tomarse demasiado en serio. Muchos tienden a creerse algo, y sufren a causa de que creen que no son quien en realidad quieren ser. Vos sos uno de ellos. Ahí radican todos tus problemas. Es decir, te tomás en serio y, además, querés ser el que no sos. Mejor dicho, creés que no querés ser el que sos. Cuando en realidad tu esencia está totalmente definida en eso, un tipo que cree que quiere ser otro.

Amo: Tengo derecho a creer lo que creo. ¿O se me va a obligar a que crea lo que no creo? Aunque sea absurdo, si yo me lo creo, vale. ¿O no es así? Si digo que creo que hay vida en Marte, nadie tiene derecho a no aceptar esa creencia ni a rebatirla con el argumento de que no está demostrado que existan los marcianos.

Valent: Sí, también puede ser así. Pero nadie tiene el monopolio de sí mismo. Hay que estar contra la verdad única, la verdad que el individuo postula de sí. Vos sos lo que creés que sos y también sos otro, el que todos vemos actuar y oímos hablar.

Amo: ¿Y eso qué tiene de especial? ¿No vale lo mismo para todos?

Valent: Sí, pero vos vivís explicándolo. Si hablaras menos sería más fácil de llevar.

Amo: Lo mejor sería callarse la boca, ¿verdad? O no haberla abierto nunca, mejor.

Valent: Algo que está lejos de tus posibilidades.

Amo: Nunca he pensado si está lejos o cerca de mis posibilidades. Yo, cuando nací, ya hablaba.

Valent: Difícil de creer.

Amo: Es verdad, me lo contó mi madre. Nací y dije: ¿Dónde estoy?

Valent: Aunque no sea cierto, no me extrañaría que hubiera ocurrido. Es esa irrefrenable tendencia a saber dónde estás. ¿Nunca pensaste que da lo mismo estar en un sitio que en otro?

Amo: Para mí no es lo mismo. Las cosas tienen significado en un sitio, no en cualquiera. Me extraña que vos, que sos perro, no te des cuenta de eso.

Valent: Los perros somos leales a los amos, no al territorio. Pero no es sobre el sentido de pertenencia que estamos hablando. ¿Sabés por qué no hacés silencio?

Amo: Explicámelo.

Valent: Porque el silencio implica la desaparición real de quien creía que tenía algo para decir. De ahí la resistencia a callarse la boca. El bocón duda de su propia existencia. Por eso habla. O escribe. Para demostrarse que él es real. Al final acaba solo, hablando contra el muro. No le importa que nadie lo escuche, que nadie lo lea. Solo quiere ser y cree que la única manera de ser es abriendo la boca todo el tiempo. O escribiendo, que es la variante intelectual del charlatán.

Amo: ¿Entonces la opción más sensata, la única razonable, sería el silencio?

Valent: Silencio hasta el fin. De pie y con la boca cerrada hasta el último momento. No abrirla ni para despedirse. Desaparecer de golpe. Que ni siquiera se note el vacío que uno deja.

Amo: Qué crueldad.

Valent: Si vamos a jugar con las palabras, entonces juguemos en serio.

Amo: Uno es solo aquello que es capaz de decir. Uno está en la lengua, Valent. Lo que no está en la lengua, no existe. Eso que no está, lo que no se es capaz de decir, es todo lo que uno no es. Por otra parte, el silencio no es nada sin la palabra. El silencio es como la quietud, supone el movimiento. Sin movimiento no hay quietud. Sin palabra no hay silencio. ¿Cómo intuirías el silencio si no tuvieras palabras? Es más, podría decirse que la palabra es una variante del silencio: es el silencio roto, es el silencio que suena.

Valent: Daría para pensar si en realidad es así o estás buscando un modo de justificarte. Hablo, luego existo. Escribo para ser. Luego, soy lo que escribo. Es bastante cómodo, porque propone que la otra mitad también es cierta: no soy lo que no escribo. Eso te salva de casi todas las miserias y servidumbres de la vida.

Amo: Es cierto. Me domina la convicción de que escribo para ser, para construir el sujeto que soy. Cuando uno dedica treinta años a una actividad, cuando todo lo que hace está en función de esa actividad, uno acaba siendo ¿qué? Escritor, que era lo que yo quería. Reconozco que puedo haberme equivocado. Que tal vez cometí el error de dedicarme a la palabra cuando tendría que haber hecho cualquier otra cosa que no obligara al uso meditado de la lengua. Algo que permitiera la práctica un poco irresponsable de la palabra, que no obligara a tomarse el trabajo de contar.

Valent: Hay gente que tiene la utopía de ser otro. Como vos. Por eso escriben. Les parece que escribiendo dejan de ser quienes son y se vuelven otros. De ahí surge el trabajo de contar, no como trabajo, como labor, sino como sufrimiento abstracto, que es en el fondo lo que querés decir. Contar es un trabajo, una ocupación, y sobre todo es un dolor. Ganarás el pan con el sudor de tu frente se transforma en: serás otro si dedicás tu vida a contar lo que te pasa. En el camino de dejar de ser quien sos, te dedicás a conversar conmigo, que soy perro. Cosa que es una definición completa sobre esta etapa de tu vida: no existís.

Amo: Tal vez más adelante las cosas mejoren.

Valent: A tu edad, lo más seguro es que las cosas empeoren.

Amo: De acuerdo, a esta edad todo irá a peor. Pero yo me refería a otra cosa. Me refería, por ejemplo, a encontrar el modo de dejar que la vida fluya, de dejar de estar al acecho todo el tiempo.

Valent: Nunca dejarás de acechar.

Amo: Por lo menos dejame mantener la ilusión.

Valent: Lo mejor no es callarse la boca sino morir con la boca cerrada. El trabajo de contar más difícil es negarse a decir lo que se quiere decir, refrenar el impulso a escribir. Aceptar que la gran obra, la mayor de todas, es el inmenso silencio. Estar, observar y callar. Ser el que se es.

Amo: ¿Y yo no soy el que soy?

Valent: A veces tengo dudas. Yo soy perro. Ni yo ni nadie tiene dudas acerca de eso. Es mejor ser perro que vivir pensando en que uno tal vez no sea el que debiera. El perro es perro y solo perro, no pretende ser ninguna otra cosa. El pensamiento, cuanto más fino y penetrante, más peligroso se vuelve. La lucidez acaba cegando. La lucidez y la vanidad tienen una sospechosa tendencia hacia la soberbia. No siempre, pero con frecuencia producen el mismo resultado. Quien llega a la lucidez, aunque sea por un rato, y se da cuenta de que la alcanzó, acaba creyéndose algo.

Amo: Te noto muy radical esta mañana.

Valent: A vos te gustaría que siempre te diera la razón. Nunca aceptás una crítica.

Amo: Eso no es cierto.

Valent: Acabás de confirmarme que tengo razón.

Amo: Yo acepto las críticas cuando son justificadas.

Valent: Y como nunca te parecen justificadas, entonces solo te espera la salvación eterna. Libre de culpa, apenas te falta recorrer el último tramo de la recta senda que has escogido. Pero, además, no solo está esa autoexculpación que te hace verte puro. A la vez tenés una tendencia al saturninismo que es contradictoria con lo anterior.

Amo: No te sigo.

Valent: Esa tendencia a ver lo oscuro de las cosas bajo el sol de verano al mediodía. Esa tendencia a retorcer el hilo hasta lograr que se te retuerza el dedo.

Amo: Sigo sin entender.

Valent: ¿Hacemos una prueba?

Amo: Adelante.

Valent: Supongamos que estamos paseando por la calle y de pronto nos encontramos con una persona que no conocés y te ponés a hablar con ella. ¿Quién le dirías que sos?

Amo: Le diría que soy un hombre común, con las contradicciones que todo ciudadano común tiene, con las servidumbres cotidianas propias de un hombre de mi edad que ha consagrado muchos años a tratar de escribir algo que sea memorable. En síntesis, un individuo previsible hasta en sus errores, que aspira a una vida sencilla.

Valent: Me lo imaginaba.

Amo: ¿O no es cierto lo que digo? ¿Acaso no soy un hombre previsible que aspira a una vida sencilla? ¿Acaso no me he dedicado a eliminar de mi vida todo lo superfluo, lo innecesario? ¿Acaso no he barrido de modo arrasador y escrupuloso el pasado, la banalidad, la envidia, las ansias de poder, el impulso biológico a la perpetuación?

Valent: ¿De verdad lo creés?

Amo: ¿Podés probar lo contrario?

Valent: Habría mucho para decir al respecto. Por ejemplo, que la mera enunciación de todas tus renunciaciones es la buscada humildad del que quiere ser santo. Uno no se propone ser santo. Deviene santo sin proponérselo, sin llegar a saberlo. Son los otros quienes han de decir: Fulano fue un santo. Proponerse la humildad como norma tiene fundamento en una gran soberbia, la soberbia del que se cree mejor que los demás. La renuncia, cuando es verdadera, es, sin necesidad de anunciarla. No se va por ahí diciéndola a los gritos. La renuncia auténtica es recatada, invisible.

Amo: Yo no voy por ahí anunciando nada.

Valent: Le digo algo más, Eneldo, no ya la santidad, hasta la simple rareza debe ser recatada. Si es raro, si por algún motivo no conocido siente o piensa o vive de modo raro, debe ser de forma que los demás no se enteren. El recato es un valor que se ha perdido. Todo tiende al espectáculo. Hasta los secretos se hacen públicos de inmediato. Cualquiera da a conocer lo que piensa, lo que siente, lo que hizo, lo que quiso hacer, lo que le gustaría hacer. Como si eso tuviera algún valor para alguien que no sea el interesado. El diario íntimo es ahora lo más público que hay. Y lo es instantáneamente. Mejor hablemos de otra cosa.

Amo: ¿Qué otra cosa?

Valent: Lo que quieras.

Amo: Es mejor que vos lo propongas.

Valent: Hablemos acerca de la verdad. ¿Qué es la verdad para vos?

Amo: Para mí, la norma siempre debe ser mentir lo menos posible.

Valent: Empezamos con tendencia al pragmatismo.

Amo: ¿Y eso qué quiere decir?

Valent: Quiere decir que no se parte de principios sino de normas de conducta.

Amo: ¿Y qué otra cosa se puede hacer?

Valent: No sé, aquí el filósofo no soy yo. Yo solo soy un perro que cumple con su obligación de perro.

Amo: ¿Y cuál es la obligación del perro?

Valent: El perro debe lealtad a su amo. Para eso existimos los perros. Aunque el amo no se lo merezca. Pero no hablábamos de perros sino de la verdad. ¿Qué es la verdad?

Amo: La norma expresa que no hay que apartarse de la verdad a menos que sea estrictamente imprescindible. Y solo en cuanto sea imprescindible. Es norma que hunde sus raíces en la reflexión en general, pero que remite siempre a la experiencia personal. Lo anterior supone que antes de la observación, y mucho antes de la norma, está la convicción de que mentir será siempre inevitable. No por mala fe. Es la maldición eterna del conocimiento, que nunca permite llegar a saber algo de verdad, completamente. Lo que, a la vez, es inseparable de la palabra, que jamás permitirá expresar la cosa en su total complejidad. La actitud del individuo ante el conocimiento es lo fundamental. Por lo menos en el estadio inicial. Ser fiel a la verdad significa estar dispuesto a cambiar cada vez que la realidad demuestra que estamos equivocados; y esa fidelidad obliga a reconocer públicamente el error.

Valent: Usted siempre está preocupado por lo público.

Amo: Estamos hablando de la verdad como hecho social, no de la verdad científica ni de la verdad íntima. La verdad científica está sometida a la crítica científica. La verdad íntima no está sometida a ninguna crítica, solo depende de normas propias y personales. También la verdad íntima ha de estar sometida al reconocimiento del error cuando uno siente que yerra. Aunque sea en silencio, aunque uno no salga a anunciarlo ante el mundo, el reconocimiento del error debe manifestarse en una conducta pública. De lo contrario, ¿para qué sirve llegar a la conclusión de que se estaba en el sendero equivocado, falso?

Valent: Si es que entiendo bien sus palabras, estimado Eneldo, eso quiere decir que todo vale. Basta con que uno esté dispuesto a hacer una confesión más o menos pública.

Amo: No, no todo vale. Acabo de darle una definición muy general, como corresponde a un perro inteligente como usted.

Valent: Por hoy no te aguanto más. Mejor me voy a correr un rato por el campo. Luego la seguimos.

Amo: ¿El calor, no te dará sed?

Valent: Prefiero la sed.

## 2

Otro día. Al terminar el paseo de la mañana, amo y perro conversan mientras vuelven a casa.

Amo: Cuando lleguemos a casa voy a tratar de escribir un poco acerca de nuestra conversación de esta mañana. Te pido que no ladres ni me pidas a cada rato que te abra la puerta para salir. Quedate acostado y descansá.

Valent: No será por mí que no puedas hacerlo. Las condiciones materiales no son determinantes a la hora de escribir. El ocio es la causa de mucha mala literatura.

Amo: ¿En qué sentido está hecha esa afirmación? ¿En el de que el ocio pone a los individuos a escribir porque no encuentran nada que hacer o en el sentido de que se trabaja poco y sin constancia?

Valent: En ambos.

Amo: ¿Podrías explicarte mejor?

Valent: Lo cómico, o tal vez lo dramático, es que no son excluyentes. Los peores resultados se dan cuando se suman ambas conductas. El malentrenido que trabaja poco es el que más contribuye a la producción de libros malos.

Amo: El ocio es responsable de muchas cosas malas, pero me parece por lo menos excesivo, o directamente erróneo, atribuirle al ocio toda la mala literatura.

Valent: Lo que afirmás, si comprendo bien, es que la mala literatura también puede tener otras causas. ¿O querés decir que el ocio también puede producir literatura buena?

Amo: Lo último.

Valent: Y lo tuyo, ¿a qué se atribuye?

Amo: A sequedad de espíritu, a un estado de dolorosa improductividad que perdura más allá de lo previsible.

Valent: Entiendo que es sufrimiento propio del oficio. Pero no hay que preocuparse. La proliferación de libros, malos y buenos, desaparecerá en la medida en que vayan desapareciendo los conocimientos que permiten expresarse por escrito. Como no habrá más lectores, los escritores dejarán de sufrir. Ya pocos dominan la ortografía, la sintaxis, los signos de puntuación. Los tiempos verbales se vuelven inseguros. El subjuntivo está desapareciendo. El gerundio se impone esplendorosamente y arrasa con todo el sistema verbal. El ignaro impone los modos y la moda. El trabajo de contar ya no es un problema porque contar ahora no exige ningún esfuerzo. Ni siquiera es un trabajo físico, como era antes. La computadora lo hace todo. Hasta corrige las faltas de ortografía. El ágrafo campa en los más altos niveles de la política, el arte, la vida social. La competencia por ignorar se ha vuelto feroz. Aquellos que ayer triunfaban de tanto no saber, hoy se sienten amenazados porque nuevas legiones de ignorantes avanzan sobre sus territorios. No falta mucho para que volvamos a la Edad Media. El oficio de escriba volverá a florecer como hace quinientos años. Quien necesite un documento, una carta, un papel más o menos bien redactado, recurrirá a un profesional. Pagará por el trabajo y se habrá ahorrado años de ejercicios tediosos, copiar, redactar, resumir, aprender normas gramaticales, prestar atención a cómo está escrito lo que lee. Hay quienes van más lejos. Prevén la desaparición del lenguaje oral; dicen que pasaremos a un sistema más directo y simple. Que, dado que la oratoria, igual que la escritura, siempre tuvo vínculos espurios con el poder, la comunicación se democratizará, se hará mediante gestos, sonidos guturales, gritos, resoplidos. Mucho más democrático. Quizá terminen como los sabios de Laputa.

Amo: Hoy te veo más pesimista que ayer.

Valent: Es que hoy me levanté con ganas de jugar.

Amo: Podrías jugar con cosas menos serias.

Valent: Bien, terminemos el paseo en paz. ¿Te parece que alguien se creará nuestras conversaciones.

Amo: ¿El contenido o el hecho de conversar?

Valent: Las dos cosas.

Amo: Hay antecedentes literarios que nos avalan.

Valent: Sí, pero hay que estar a la altura de esos antecedentes.

Amo: ¿Te parece que no lo estaremos? Vos sos un perro inteligente.

Valent: Eso es una gran verdad, pero el diálogo requiere dos partes que sean pares.

Amo: Estás más irónico que de costumbre.

Valent: Hace unos días se me ocurrió una historia. Una pareja vive en el campo. Un día la mujer cuenta en el almacén que su marido habla con el perro mientras pasean. A partir de ese momento empiezan a identificarlo como “El hombre que habla con el perro”. Pasan muchos años, la pareja ha muerto, ya nadie recuerda la historia inicial. Desde hace mucho, la casa donde vivía aquel hombre es conocida como “La casa del perro que habla”.

Amo: ¿Y eso qué tiene que ver con esta conversación?

Valent: Supongo que nada. O tal vez sí. Podría decirse que dentro de mucho me recordarán como “El perro que hablaba con el amo”.

Amo: O al revés. Me recordarán a mí como “El amo que hablaba con el perro”.

Valent: ¿No es un poco pretencioso de su parte, Hilario? ¿Y si lo recordaran como “El loco que hablaba con el perro”?

Amo: ¿Y usted no se siente pretencioso, Sucesorio? Mire que el que lo hace hablar soy yo.

Valent: No me gusta Sucesorio.

Amo: ¿Quiere elegir su nombre? Hágalo.

Valent: Propóngame uno usted.

Amo: ¿Qué le parece Patrocinio?

Valent: No mejora mucho, pero es mejor que el otro. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Amo: Ya me la está haciendo.

Valent: Tiene razón. Le haré una segunda pregunta.

Amo: Dele.

Valent: ¿Ha sido consecuente en algo alguna vez?

Amo: Es difícil ser consecuente.

Valent: Pero por lo menos hay que intentarlo sin pausa. ¿Usted lo hace?

Amo: Creo que no.

Valent: Ahí está la cosa. La liebre no salta en cualquier lado. Salta allí donde uno no la busca. Lo esencial es ser consecuente. Claro que en el error es mejor no serlo. Eso quiere decir que hay que acertar en la elección inicial. En la vida se tiene una sola flecha y habría que dar en la diana de primera, con ese primer y único tiro.

Amo: Exagera. Hay muchas flechas para tirar. Por tanto, se puede equivocar prácticamente sin límites. Ahora, pregunto yo, ¿ha observado el infinito alguna vez?

Valent: Nunca lo he hecho y no pienso hacerlo. Ni siquiera sé qué es el infinito.

Amo: Hace mal. Hay que observar el infinito por lo menos una vez a la semana, entrar en la oscuridad con los ojos abiertos.

Valent: Es un exceso. Bastaría con hacerlo una vez en la vida.

Amo: Sí, claro. Lo digo como aspiración, no como norma de conducta. Uno debería concentrarse una vez en algo mínimo, reducido, y a partir de allí perforar la realidad. Intentar ver qué es lo que es, recorrer las tinieblas para organizar el caos.

Valent: No hay caos, usted lo sabe.



Amo: Es verdad, el caos siempre es uno mismo. Todo lo demás está bien organizado. Pero no basta con postularlo; es necesario hacer una comprobación personal, única. Yo no confiaría en un individuo que afirma que todo está organizado, aunque sea por leyes que no conocemos, si él mismo no ha hecho el viaje exploratorio.

Valent: Las leyes no organizan nada. Son los procesos quienes cumplen leyes.

Amo: Tiene razón.

Valent: Una pregunta, ¿tiene idea de qué hacemos aquí?

Amo: No sé.

Valent: Debería darse una explicación sobre qué hacemos aquí. Por momentos tengo la impresión de que estamos en el sitio equivocado. O en manos de un individuo irresponsable.

Amo: ¿El irresponsable sería yo?

Valent: Usted o ese otro que usted dice que se inventa para dedicarse al trabajo de contar. En cualquier caso habría que aclararle al individuo que los personajes no son para jugar. Ni para salvar escritores que no pueden escribir.

Amo: Hace días tengo una historia en la cabeza. La llamo “Ruido en la noche”.

Valent: A ver qué es.

Amo: Es un ruido que me despierta de noche. Al principio era como un quejido, apenas, un animal enfermo o con hambre, un perro atado y abandonado. Creo que no avanzo con ella porque me da un poco de miedo.

Valent: ¿Y eso qué quiere decir?

Amo: Por ahora no quiere decir nada. Es solo que no me animo a descubrir quién hace el ruido. Para saberlo debería ir hasta allí. Es como un jardín abandonado, en casa de un vecino.

Valent: He estado pensando que deberías volver a M.

Amo: Qué casualidad, yo también.

Valent: Un M simple, no retorcido.

Amo: ¿Por ejemplo?

Valent: Digamos que M, en el camino de tratar de dejar de ser quien es o de volver a ser quien era, se dedica a conversar con el perro.

Amo: Es lo que estamos haciendo.

Valent: No estamos haciéndolo porque no lo hace M, sino vos, que no sos M.

Amo: Quiero contarte una historia.

Valent: ¿Cuente?

Amo: Soñé que allá a lo lejos, sobre el horizonte, había una puerta. El horizonte limpio, el cielo claro detrás, y la puerta cerrada en la llanura. No tenía sentido una puerta así, en medio del campo. Pero, tal vez por eso mismo, sentía curiosidad por saber por qué la habían puesto allí. Empezaba a caminar hacia la puerta. Cuando llegara la abriría y pasaría al otro lado. Era fácil. Marchaba por el campo seguro de que la alcanzaría. Sabía que detrás de la puerta no había nada, pero a la vez sentía que debía llegar, como un juego de niños. Luego de un rato comenzaba a preocuparme porque a medida que avanzaba la puerta se retiraba junto con el horizonte. Empezaba a empecinarme en alcanzarla. De pronto el cielo se oscurecía, venía una tormenta, viento, lluvia. Yo seguía avanzando con mucha dificultad. Me caía y me levantaba. Seguía marchando. Me arrastraba por el barro. Sabía que era absurdo seguir avanzando, pero no podía dejar de hacerlo. Resbalaba, me caía. Delante, a lo lejos, la puerta desafiante. De pronto, debido a la lluvia, dejaba de verla. Entonces me quedaba sin referencias y no sabía hacia dónde avanzar ni cómo retroceder hacia casa. Estaba empapado, tiritaba, me había golpeado las rodillas y los codos. Me desperté con la angustia de saber que nunca alcanzaría aquel

punto, punto que no valía nada y que, a la vez, era tan importante. Algo iba a quedar inconcluso porque no conseguía llegar hasta la puerta.

Valent: He tenido sueños similares, sueños en los que debo alcanzar algo que no tiene mucho valor y nunca lo logro. No lo logro, y porque no lo logro, me empecino en alcanzarlo. Más o menos como en la vida.

Amo: No es extraño que tengamos sueños similares. De tanto estar juntos uno acaba por parecerse al otro.

Valent: ¿Usted a mí o yo a usted?

Amo: Digamos que ambas cosas. Usted aprende de mí y yo aprendo de usted.

Valent: ¿Qué interpretación le da al sueño de la puerta?

Amo: Ninguna. No sé interpretar sueños.

Valent: ¿Ni siquiera los suyos?

Amo: Ni siquiera.

Valent: Creo que me voy a dar una vuelta por ahí.

Amo: Como guste.

### 3

De noche en la cocina.

Amo: Valent, esta tarde pensé algo que quería comentarte.

Valent: Disculpa que te interrumpa. Me pregunto si serías capaz de hacer silencio por una hora o algo así.

Amo: La pregunta no es si uno puede hacer silencio o no. Hay que ver la utilidad y pertinencia de una operación de esa naturaleza.

Valent: Ya sabía lo que me ibas a decir. ¿Nunca se te ocurrió contar cosas simples, historias que digan algo de la vida de la gente común, que la haga feliz o la haga reír un rato? ¿Es impensable para vos tomarte el trabajo de contar algo para la mayoría? No hay nada que tenga más valor que la felicidad. Siendo feliz lo demás no importa. Se puede ser pobre o rico, intelectual o analfabeto, cualquier cosa. Si se tiene la felicidad, todo lo demás es secundario.

Amo: Creo que sos víctima de la publicidad. La felicidad está más prestigiada de lo que en realidad vale.

Valent: Algún día te voy a explicar lo que es la felicidad. Ahora que está oscuro y afuera hace frío, te propongo un juego. Supongamos que hoy no estás tan humilde como estabas hace unos días. ¿Cómo te presentarías si en este momento tuviéramos una visita inesperada? Alguien viene ahora a nosotros, ¿quién le dirías que sos?

Amo: Diría algo que todo el mundo conoce.

Valent: ¿Todo el mundo conoce? ¡Qué fama!

Amo: Es una forma de decir. Le diría que soy un hombre común.

Valent: Eso ya lo sabemos.

Amo: Pero tal vez la persona que nos visita no lo sabe.

Valent: De acuerdo. El visitante ya quedó enterado de que sos un hombre común.

Amo: Soy un hombre común, mayor de sesenta años, que sigue tan desorientado como hace diez, veinte, treinta años.

Valent: Estás peor que hace unos días.

Amo: ¿Y qué otra cosa debería hacer, escribir una novela divertida, buscarme un héroe latinoamericano y bucear durante cuatrocientas páginas para llegar a la conclusión de que siempre nos ha ido mal por culpa de los otros?

Valent: No entiendo tanto. Pero podrías buscarte algo menos árido.

Amo: No sé si no sé hacerlo o es que no quiero. Solo sé que cuanto más viejo me vuelvo, más me convengo de que no debo hacerlo.

Valent: ¿Qué cosa?

Amo: Escribir la famosa novela menos árida. No lo hago porque no sé, pero el no hacerlo tampoco me convierte en culpable.

Valent: Todos somos culpables menos vos.

Amo: No, yo también lo soy. No voy a decir que soy el peor de todos. Solo integro el pelotón. Porque, pongamos que me declaro culpable de todo, ¿qué avanzamos con eso?

Valent: Habría que saber culpable de qué.

Amo: Culpable por haber nacido. Hay quienes tratan de escapar a las consecuencias de sus propios actos y siempre encuentran que la culpa la tienen otros. En particular, nadie tiene la culpa de haber nacido. Ya ahí hay una salvación posible. Mucha gente quiere disfrutar de la libertad sin sus inconvenientes. Total, no son responsables de haber nacido. Exigen seguridad y la posibilidad de saciar su avidez sin límites. No renuncian a nada.

Valent: Hay algo de verdad en eso, ya nadie quiere ser responsable.

Amo: Ya nadie es responsable. Todo el mundo quiere ser víctima de algo o de alguien. Un desgraciado. En el camino que vamos, dentro de poco van a empezar a poner condiciones antes de nacer. Habrá que firmarles un documento donde se estipule cuáles y cuántos derechos se tendrá una vez nacido. Luego el individuo irá por la vida con ese contrato en la mano, exigiendo lo que allí se le prometió. El mundo dejará de ser el territorio donde cada uno debe hacerse un sitio propio y pasará a ser una gran tienda llena de productos garantidos. Hasta la rebeldía tendrá marca de fábrica y garantía escrita.

Valent: A esta altura, la rebeldía es lo más conformista que hay. Es mucho más ético y trabajoso integrarse que ser rebelde. La vocación por ser marginado, por ser “alternativo”, se extiende a gran velocidad entre los más integrados. Los más integrados se rebelan, se visten de modo alternativo, frecuentan lugares “alternativos”. Estar integrado, solamente, pasó de moda. Hay que disfrutar las mieles de una buena integración y, a la vez, indignarse por el estado de las cosas. Eso viste mucho. Se podría decir que para estar bien integrado hay que manifestar una pasable disconformidad con la situación. Ese detalle confirma el alto grado de integración.

Amo: Hay una rebeldía de salón, sin consecuencias. Se rebelan en el restaurante porque el churrasco no está en su punto. Protestan estentóreamente contra injusticias como esa. Siempre hay otro que tiene la culpa, en este caso el cocinero. Aunque el cocinero va a decir que la culpa la tiene el mozo, que no transmitió bien la comanda.

Valent: Ustedes, cuantos más derechos tienen, más dominados están por la inquietud. La libertad carga de incertidumbre y ustedes quieren libertad pero con certezas. Todos están atentos a que todos los derechos se les cumplan a la vez.

Amo: El peor tribunal es el de los otros. Mejor era antes, cuando Dios juzgaba. Porque Dios es único y los otros son multitud.

Valent: Lo peor es pasar inadvertido. Uno se cree único y un día descubre que es de lo más común que existe, descubre que las estadísticas lo hunden en la masa anónima. Entonces el individuo se tiñe el pelo de verde, escribe poesía, vive en una gran ciudad y viaja para escuchar música étnica en los valles donde nadie ha estado. Todo con tal de huir de la estadística, de escapar a los grandes números que lo ubican en la mediana. Al poco tiempo viene otro y demuestra que los teñidos de verde son legión. Así el sufrimiento del bien integrado no tiene fin. Ser original en estos tiempos cuesta mucha plata. Es casi imposible sentirse alguien. Hay que cambiar los paradigmas a cada rato. Eso perjudica a mucha gente. Las matemáticas causan más injusticias y dolor de lo que se sospechaba hace dos mil quinientos años. Ya nadie quiere ser como los demás. Hay que hacer cualquier cosa para que se hable de uno. Antes, cuando uno de ustedes era rebelde o diferente lo esperaba la horca o el manicomio. Ahora, al que no es diferente se lo mira con desconfianza. El rebelde simbólico triunfa en los círculos más selectos de la sociedad. Hasta ocultarse puede ser una forma de destacarse. Hay tipos que se van a vivir al campo o a algún lugar apartado para hacerse más visibles, como vos. Y después hablan con el perro. Una cosa que también da mucho de sí es una infancia desgraciada.

Amo: Es verdad. La libertad ya no es conquistada con esfuerzo y paciencia sino que es algo que se obtiene al nacer. Todos llegan al mundo con el privilegio de la libertad. Es una gran victoria. El problema radica en que se desconoce que la victoria, toda victoria, siempre acarrea desamparo. A uno le gustaría vencer y seguir disfrutando de las simpatías con que cuenta el débil, el perseguido, el derrotado. Poderoso y sin responsabilidades; héroe sin tener que dar el ejemplo; mártir y de vacaciones en el Caribe; sabio sin necesidad de aprender.

Valent: Para escribir es bueno ser perseguido. Y el que nunca ha sido perseguido, debe decir que es muy posible que en cualquier momento empiecen a perseguirlo. La

persecución del autor, la verdadera o la supuesta, tiene más atractivo que las trescientas páginas de la novela.

Amo: ¿Te parece que puede ser tan fácil?

Valent: Se trata de aparecer como disidente de algo. Una disidencia estética, que no haga correr ningún riesgo. La fama de ser perseguido por alguien o por una situación da mucho de sí.

Amo: Yo incluiría entre los más perseguidos al perseguido metafísico. El metafísico, a su vez, integra la categoría más amplia de los que quieren dar lástima. Hay mucha gente así, gente con suerte que da lástima al primer golpe de vista. ¿A vos te gustaría dar lástima?

Valent: Yo no cuento, yo soy perro. Pero si mío fuera el caso, diría que prefiero que no me quieran a dar lástima.

Amo: Sos un poco duro.

Valent: Ni duro ni blando. Soy como soy. No quiero ser otro. Ya bastantes problemas tengo con esta vida que me ha tocado como para, además, andar fantaseando con otra posible.

Amo: Se le puede poner un poco de fantasía a la existencia.

Valent: Eso queda para gente como vos, raritos, pequeños escritores, rebeldes abstractos. El mundo está lleno de disconformes conservadores. No están a gusto con lo que son ni con lo que hay, pero a la vez no quieren que nada cambie. Hoy triunfa el misticismo de revista del corazón. Nómadas de todas las creencias, ustedes pasan de una fe a otra sin que les dé ni vergüenza, como quien da vuelta las páginas de la revista. Y siempre sufriendo por culpa ajena. Cansado de ser él mismo, el individuo se busca otra cosa para ser, algo diferente pero fácil y sin riesgos. De allí nace el dolor tan extendido, las ansias de llegar a la salvación asegurada y sin esfuerzo. Ya no hay ideal que merezca sacrificio. Mejor dicho, se busca un ideal que no exija sacrificio. Se inventa una cosita de morondanga al alcance de la mano y se la postula como ideal. Así, claro, cualquiera llega.

Amo: Parece que no se puede ser responsable por uno mismo todo el tiempo.

Valent: Así es muy fácil. La responsabilidad y el esfuerzo tienen que ser compartidos, pero el triunfo acaba siendo siempre personal. El territorio social es del irresponsable y del iletrado. El iletrado triunfa y el individuo culto retrocede. Es un animal en vías de extinción, que reverencia antiguallas como el libro, la reflexión, el diálogo.

Amo: El conocimiento es como la libertad, se consigue con dolor. La adquisición del conocimiento exige disciplina y por tanto también exige coerción. La coerción que uno ejerce sobre sí mismo. Idéntica cosa ocurre con la libertad, no hay libertad sin coerción.

Valent: Pero nadie quiere las dos cosas a la vez. Mejor dicho, quieren solo la mejor parte. Como ambas son inseparables, provocan esos lamentos modernos. Quieren derechos, pero no coerción. Entonces, ¿qué se hace con el que quiere derechos y no obligaciones? Lo mejor es lamentarse de la suerte propia. La desdicha rinde, sufrir tiene prestigio. Hasta los ricos y poderosos sufren, son amenazados por algo o alguien. Hordas inmensas de pobres y débiles amenazan la seguridad de aquellos muchachos que padecen la condena de la riqueza y el poder. A la vez, el rico busca algún grupo de pobres a quienes ayudar. Hay mucha competencia por hacerse con un grupo de desdichados propios. El mercado sabe que la solidaridad vende más y mejor. Se dona un peso para los niños pobres por cada botella de whisky o por cada crema de belleza que se compra y se es san Francisco por un rato. Un banco financia una exposición de pintura y a los seis meses quiebra y deja a diez mil ahorristas en la ruina. Hay una lógica impecable en simpatizar con los infelices y no con los felices. Los felices causan envidia y hasta un poco de sospechas. ¿Cómo llegaron a ser felices? Los otros no hacen

correr ningún riesgo. Se aborrece el despotismo a la vez que íntimamente se lamenta su desaparición. Es saludable que el poder no esté equilibrado para ejercer mejor la libertad propia. De ahí que la insistencia en que la solución es educar resulte una farsa. Si se educara genuinamente desaparecería el actual equilibrio inestable y comenzaría la lucha de todos contra todos.

Amo: ¿Entonces, para que no venga el caos, lo mejor es no educar?

Valent: Habría que abolir la escuela, terminar con el optimismo pedagógico que dice que la educación mejora la vida, que mejora las relaciones entre la gente, que amplía el horizonte y permite conocerse mejor.

Amo: No creo que haya que llegar tan lejos. Mirá que uno se deja arrastrar por la inercia de las palabras. Muchas veces eso no solo lleva a no acertar; además hace tomar falsedades por certezas, a defender opiniones que, a la larga, resultan contrarias a lo que uno se propuso. O comprende que daba lo mismo aquella creencia que la opuesta, una postura que otra, puesto que las dos estaban equivocadas. Que nada es definitivamente de un modo sino que evoluciona y en oportunidades acaba pareciéndose a su contrario.

Valent: La naturaleza humana, por lo que veo, padece eterna melancolía por lo que no es ni nunca será. Eso, por lo que veo, aunque abstracto, es un sufrimiento que lacera a muchos. Abunda el sufrimiento imaginario, que parece ser de los más dolorosos. El infinito es móvil y la eternidad inmóvil. Eso genera inquietud, descentra la personalidad. Cualquiera cree que tiene una misión en la vida y que no es una misión cualquiera. Como no sabe qué cosa pueda ser esa misión, y como tiene una ancestral visión teleológica de su vida y no entiende que la misión, toda misión, no está predeterminada sino que depende de sí mismo, acaba recurriendo al horóscopo, al tarot, al I Ching, a todo lo que sea esotérico o parezca serlo. A cualquier cosa que le alivie el dolor de ser responsable de su propia vida. El individuo acaba creyendo que su futuro depende de una adivinanza. Por eso, por cada libro tuyo que se vende, la señora que escribe el horóscopo chino vende diez mil.

Amo: El aburrimiento hace caer en el infierno de la sinrazón. Eso, el temor a ese infierno, convierte la existencia en la persecución de lo divertido. No hay nada peor que estar aburrido. El aburrimiento es el tiempo en estado puro, el instante interminable. Aguantar el aburrimiento es más difícil que cualquier actividad. Hay que distraerse, encontrar algo divertido, cualquier cosa. Hay que entretenerse, mantenerse ocupado. Hasta la enseñanza ha de ser divertida, entretenida. Adquirir conocimiento no ha de implicar esfuerzo. Mucha gente creyó durante mucho tiempo, honestamente, que con educación y cultura las cosas iban a ir mejor. Ahora sabemos que es ridículo hacerse ilusiones con la cultura. El pueblo alemán era uno de los más cultos del mundo y engendró el III Reich con el apoyo de muchos de los más cultos de Alemania.

Valent: Por lo visto, entre ustedes domina un impulso hacia la estupidez. Tal vez si se aburrieran un poco más no dirían tanto disparate, publicarían menos libros sin forma ni contenido, no andarían haciendo turismo por las montañas de no sé dónde, ensuciando todo.

Amo: La popularización del turismo es la terapia de las clases medias. Viajes a lugares exóticos en avión, seguro médico en el bolsillo y alojamiento en hotel cinco estrellas. O atravesar África en jeep con un ejército de peones alrededor, espantándole los mosquitos al filibustero del tercer milenio. Conquistadores de tierras ignotas con la Guía Michelin en la mano. En vez de adaptarse a la realidad, muchos quieren que la realidad se les adapte. Esperan lo que nunca conseguirán: que las cosas cambien por sí solas, sin trabajo, sin esfuerzo. Y si no consiguen lo que quieren, se suben al avión y se van a otro sitio. Al poco tiempo descubren que los problemas siguen siendo los mismos que tenían

allá lejos. Marchan a los cabezazos y le echan las culpas a la realidad. Es como azotar el océano para castigarlo por un huracán.

Valent: Permítame una cosa, Eneldo, ¿usted sabe que su conversación me aburre?

Amo: Ulpiano, ya en más de una oportunidad le he dicho que no tiene por qué acompañarme todo el tiempo. El campo es suyo, vaya a correr como buen perro que es.

Valent: ¿Salir a correr de noche, con el frío que hace ahí afuera? Usted es cruel conmigo.

Amo: Es que usted me critica sin piedad, Leovigildo. Mire que la piedad es un valor que está por encima de casi todo.

Valent: ¿Por qué no hace como el otro y se queda en la cama por el resto de su vida? De lo contrario acabará como el inglés aquel que se suicidó para no tener que vestirse todas las mañanas.

Amo: Hoy cualquiera se valoriza sin esfuerzo y se cree algo. Me voy a dormir. Que descanse.

Valent: Lo mismo digo. Aproveche para pensar en lo que acabo de proponerle.

Amo: ¿Qué me propuso?

Valent: ¿Ve? Es lo que siempre le digo, usted no me escucha. Creo que usted no escucha a nadie. Usted es como el Sordera, no escucha porque no le alcanza el tiempo para decir todo lo que cree que tiene que contar.

#### 4

Amo: Valent, soñé que subía a un ómnibus casi vacío y enseguida entraba mucha gente. Yo quedaba en el fondo, apretado. Antes de que se pusiera en marcha, por no sé qué motivo, se me ocurría que debía bajar y tomar el tren que estaba al lado. Para bajar del ómnibus tenía que empujar a los pasajeros. Era una conducta desagradable, pero no tenía otra solución. Me bajaba junto a un grupo de unos diez, todos hombres, algunos conocidos míos. Ninguno me hablaba, yo tampoco a ellos. Algo me impedía subir al tren. Cuando empezaba a marchar, me subía a una especie de plataforma que había en la locomotora. Tenía la esperanza de poder entrar a un vagón en algún momento. Mi sorpresa era que el tren y el ómnibus marchaban juntos, casi pegados, y yo quedaba entre los dos en una situación peligrosa. Empezaba a sentir el calor de la locomotora y tenía miedo de caerme. Pasaba mucho rato y seguían la marcha paralela, ómnibus y ferrocarril, separados apenas por veinte centímetros. En algún momento me dormía y cuando despertaba estaba en el suelo, en la calle. Al lado había una locomotora muy vieja y un hombre reparándola. Le preguntaba por el tren y me señalaba que iba allá delante. Miraba y veía que daba vuelta en una curva. Corría hasta allí. No podía perderlo. Cuando llegaba a la curva el tren había desaparecido. Entonces me daba cuenta de que la locomotora que me había trasladado hasta allí era la Keller, una máquina famosa, que tenía una larga leyenda. La calle estaba vacía. Casas bajas, no había nadie a la vista. Sentía que podía hacer cosas raras. Caminaba por el centro de la calle. Qué me importa, pensaba, no me importa nada. Me daba cuenta de que era niño. Había vuelto a ser niño. El paisaje era agradable, silencioso. Empezaba a saltar, luego me ponía a caminar hacia atrás. No me importa nada, me repetía, no me importa nada.

Valent: ¿Y esto de dónde salió?

Amo: No sé. Fue un sueño, vino de golpe, así como lo oíste.

Valent: Parece que aquí vale todo, Gaudencio. El trabajo de contar lo está descentrando.

Amo: ¿Y qué otra cosa quiere que haga, qué cosa quiere que cuente, Meinardo?

Valent: No sé, algo más normal.

Amo: No hay nada normal.

Valent: Sí, hay, pero no es fácil encontrarlo.

Amo: Ve, es lo que le digo. Si no es fácil de encontrar quiere decir que es infrecuente, que no surge de la nada, entre los tuyos.

Valent: Usted me fuerza, me fuerza. Así no vale. Seamos sinceros, mejor hablemos de otra cosa.

Amo: La sinceridad está de moda. Como si ser sincero fuera mejor que ser virtuoso.

Valent: Es necesario ser sincero.

Amo: Es necesario ser virtuoso.

Valent: Y sincero.

Amo: Con virtuoso alcanza. Pero ahora, en lugar de educar para la virtud, se educa para la sinceridad. Se enseña que lo mejor es vivir según el yo verdadero, el más genuino; hay que ser espontáneo, dejarse ir. Hay que ser uno mismo, enseñan, no reprimirse, no imponerse normas solo porque los demás las aceptan o las predicen.

Valent: Yo estoy de acuerdo con eso. No se debe vivir actuando como quien no se es. Así se pierde la libertad, se vive en función de lo que los demás creen que uno debe ser.

Amo: Usted, estimado, es de los que creen que para ser libre hay que ser auténtico y ser auténtico quiere decir que solo hay que cumplir con las normas que se ajustan a la personalidad propia y no con las que la sociedad impone. El que acepta todas las normas de modo acrítico es alienado, etcétera.

Valent: Hay que ser crítico, no aceptar cualquier cosa.



Amo: Entonces la renuncia, la perseverancia y la autoexigencia son síntomas evidentes de alienación, ¿verdad?

Valent: No siempre, no siempre. Pero no se puede aceptar todo lo que dicen.

Amo: Eso es sicología de revista de moda.

Valent: Un poco más de respeto o lo dejo hablando solo.

Amo: Tiene razón. Quise decir que la idea de la recepción crítica se simplifica y difunde de manera vulgar, hasta el punto en que hoy el capricho se hace pasar por independencia y triunfa como rasgo de peculiaridad. No hay que contenerse, dicen, porque eso, a la larga, genera angustia, desestabiliza la personalidad. No hay que ponerse límites. El autocontrol conduce a la hipocresía, a la falta de autenticidad. Hay que dejarse fluir, ser como uno es. Basta con asumirse y ser sincero. Que me acepten como soy, singular, único. Porque también está eso, cada uno es singular, cada día más singular, no parecido, irrepetible.

Valent: Eso es así, mi querido.

Amo: Es así en un plano muy general, filosófico. Pero lo que ahora se propone como norma es que todo lo extravagante es auténtico. Cuanto más extravagante, mejor, mayor autenticidad. Entonces, en el afán de la singularidad, se cultivan conductas atípicas que deben ser aceptadas en nombre de la diversidad. La diversidad acaba en el gueto. Todo el mundo es tan pero tan particular que forma su propia tribu. En el fondo lo que hay es un rechazo al esfuerzo a integrarse.

Valent: Todos tenemos un lado bueno y un lado malo. Mostrar solo el bueno es hipocresía, es mostrar la máscara y no la cara.

Amo: Eso nunca fue ni será así, mi amigo. En todo caso, ¿por qué tengo que soportar yo su lado malo?

Valent: Porque yo le soporto el suyo.

Amo: Eso estuvo muy bien.

Valent: Se agradece el reconocimiento.

Amo: Usted lo que ha de exigirme es que yo me guarde el lado malo para mí y yo le exijo que se guarde el suyo para usted. Sea insincero conmigo, por favor, que yo le prometo hacer lo mismo. En nombre de la franqueza se propone que hay que opinar aunque a los demás no les guste lo que uno dice. No importa si el que opina es un orate. De ese modo, para que el orate ejerza su derecho a ser único, la verdad trabajosamente construida vale lo mismo que lo primero que al orate se le pasa por la cabeza. La libertad no consiste en respetar a los demás sino en decirles a la cara lo que pienso, afirma el orate. Y en eso el orate es un maestro. No el contenido de lo que dice sino la actitud, que es lo que ahora más importa. Sobre todo es bueno decir algo que va contra la mayoría. Eso da al opinante la protección ética de pertenecer a la minoría, aunque lo que diga sea insostenible.

Valent: El respeto a las minorías es un derecho reciente y no totalmente reconocido.

Amo: Ser minoría también está de moda. Se integra la minoría y se le echa la culpa de todos los males propios a la mayoría. “Yo, personalmente”, dice el orate señalándose el pecho con el índice. “Yo pertenezco a la minoría que opina que” y larga cualquier inconsistencia, aunque lo hace sinceramente. Después queda inflado, redondo de tanta autenticidad. Y mire que mi respeto por las mayorías tampoco es muy grande. Es más, creo que quien yerra más y con más frecuencia es siempre la mayoría y el acierto tiene una especial predilección por algunas minorías.

Valent: A las minorías hay que respetarlas porque ya tienen bastantes dificultades con ser pocos y diferentes, acierten o no.

Amo: A su minoría de diferentes yo le propondría que aceptaran la superioridad de la minoría de los que menos yerran que, como digo, son siempre menos que los que se equivocan.

Valent: Usted propone una sociedad dirigida por el selecto grupo de los que se dicen y creen sabios, iluminados, los que menos se equivocan. Mire que la historia demuestra con largueza que muchos de esos sabios los han hundido a ustedes los humanos en el lodazal de la ignorancia y la brutalidad durante siglos.

Amo: Y usted me está proponiendo que minorías autoproclamadas como tales me digan qué es lo que debo respetar y qué no. De todos modos, en algo estoy de acuerdo con usted: en toda sociedad conocida quienes dirigen siempre son minorías.

Valent: Minorías de privilegiados. Yo le estoy hablando de minorías de parias, de perseguidos, de reventados.

Amo: Pero si esos precisamente son la mayoría. Hay grupos que se declaran minorías elegidas. Se creen diferentes y mejores. No son reventados, aunque a la larga casi siempre acaben perseguidos. A menos que consigan lo que consiguió el cristianismo que, de ser una minoría perseguida pasó a ser mayoría perseguidora. De víctimas a victimarios. Esta es otra cosa que le pasa a muchas minorías, que en verdad son un proyecto de mayoría. Son circunstanciales, están a la espera de que los números los favorezcan.

Valent: Es fácil argüir a favor del mal. Yo sé que usted entiende lo que digo, pero no quiere aceptar que está de acuerdo conmigo.

Amo: Pero usted hace unos días me decía que si, por algún motivo, se es raro, si se siente o se vive de modo raro, ha de ser con recato. Y lo comparaba con la santidad. Posición que a mí me pareció muy ética. ¿Por qué entonces las minorías autoelegidas andan por ahí proclamando a cada rato que son diferentes en vez de vivir la diferencia para sí mismos, recatadamente, como a usted le gusta decir?

Valent: La minoría no lo es por propia voluntad. Lo es porque los demás la transforman en minoría.

Amo: Hay minorías que lo son por propia elección.

Valent: ¿Usted ha sido minoría alguna vez en la vida en algún plano?

Amo: Muchos años y en muchos países. Viví diez años en una sociedad que no era la mía y allí yo era diferente y por eso era minoría. Pero no andaba por la calle proclamando que mi diferencia me hacía superior a los nativos. Eso sería hacer como el pobre Simeón el Estilita, subirse a la columna y después quejarse de que todo el mundo se daba una vuelta por allí los domingos para ver aquella rareza. Si se sube a la columna en medio del desierto tiene asegurada la visita de turistas y curiosos. Es como la estatua viviente; pero la estatua viviente tiene un motivo simple, que le den la propina. Es raro por un rato, unas horas. De regreso a casa pasa por el supermercado y compra la comida para la cena. No le propone un modo de vida para los hijos a la turista que pasa con sus niños, no le dice que ella y sus hijos vivan como él, en la plaza pública. La estatua viviente no quiere ser ejemplo. Solo que no quiere trabajar como todo el mundo y, a la vez, quiere la monedita. Como no pretende que se la den gratis, se disfraza y se hace el simpático, que es su modo de decir que devuelve algo a cambio, deja que le saquen una foto con la niña. El raro extremo es el que se cuelga del árbol. No solo quiere la monedita sino que no soporta que haya otros raros alrededor. No muere por ser parte de una minoría ni por no hacer para la cerveza. Porque en ese caso podría cambiar de trabajo o salir a robar. Muere por extremista, por orate.

Valent: Usted disculpe, hoy le encuentro un matiz un poco fascista.

Amo: Esa es la primera acusación que se hace para desacreditar.

Valent: Digamos que muestra una mentalidad de catequista.

Amo: Es fácil atacar las normas en nombre de la libertad. Hay que ser transparente y tierno, ni reprimirse ni reprimir. Todo debe salir del corazón. Y el que se ofende lo hace por intolerante. Se dice que hubo santos que en realidad fueron orates, es decir habían perdido el juicio. Eran raritos porque eran tontos. De pronto la gente de la aldea empezaba a prestar atención a las tonterías que decía, a encontrarle cierta coherencia. El tonto, que en el fondo no era tan tonto, veía que allí había un modo de ganarse la vida y se hacía todavía más el tonto. Se especializaba, digamos, empezaba a dar consejos. Al final hacía algún milagro que, fehacientemente acreditado, le daba la santidad.

Valent: Usted está muy intolerante hoy.

Amo: Es que hay días en que me levanto y a los cinco minutos ya estoy hartito. Pero también se me pasa rápido.

Valent: De todos modos, hay que ser bueno.

Amo: Y escuchar al orate como si fuera inteligente.

Valent: Y darle de comer al perro, preocuparse por su salud, por su abrigo. Ser cariñoso y atento con él.

Amo: Hablando claro, hay que ser bueno.

Valent: Usted lo dijo. No hay otra. Es breve y contundente. Todo el mundo entiende lo que quiere decir “hay que ser bueno”.

Amo: ¿Pero qué es ser bueno? Ser bueno es dejar que los demás hagan lo que quieran, hasta el orate, ¿es eso?

Valent: Usted entiende lo que quiere decir ser bueno. Le digo más: incluso a veces usted también lo es. Quizá no se dé cuenta pero, como todo el mundo, no es capaz de ser malo todo el tiempo.

Amo: Lo sé, lo sé. Pero mire que lo intento, modestamente lo he intentado toda la vida, pero no lo consigo. Al final uno siempre acaba cayendo en la bondad común. Es incapaz de cumplir con la norma postulada. Claudica hoy. Mañana se levanta y al poco rato vuelve a claudicar.

Valent: A su modo usted es un rarito, militante de una minoría compuesta por un solo miembro. Creo que en el fondo es eso lo que no le da paz. Déjese ir, intégrese de una vez por todas a la mayoría, aunque sea por un rato. Verá que eso alivia mucho.

## 5

De noche en la cocina.

Amo: Yo amo la noche, Valent.

Valent: Yo no. Yo amo el día, la luz, la claridad, el aire que me golpea el hocico, el olor a comida, los huesos que encuentro por ahí.

Amo: Es raro pensar que esto es el resultado de lo que uno ha hecho durante sesenta años.

Valent: ¿Esto qué?

Amo: La vida a los sesenta años. Si te preguntaran si te lo propusiste, si alguna vez trabajaste para ser lo que hoy sos, no podrías contestar ni que sí ni que no. En parte sí y en parte no, dirías. En definitiva, ahora te das cuenta de que no era tanto lo que había que aprender. La dificultad estaba en seleccionar lo que debía ser aprendido. Ese es el gran aprendizaje, cuando ya es tarde para aplicarlo.

Valent: No te sigo.

Amo: No te preocupes, yo tampoco me sigo. La vida es un viaje rumbo a casa. Uno a veces cree que nunca llegará, sin darse cuenta de que ya llegó. Es la sensación de que nunca se va a llegar la que indica que uno ya está en casa.

Valent: Es cierto, cuando se llega, se llega al lugar de partida. La diferencia está en que, en el momento de partir uno no conoce todo lo que después aprende en el camino. Cuando llega ve las cosas de siempre de otro modo. Y las cosas no han cambiado. Quien ha cambiado es el individuo. Los perros siempre sabemos cómo volver a casa.

Amo: El origen es el punto de llegada, pero visto muchos años después, cuando uno ya sabe todo lo que debe saber. Uno llega y sabe que ya estuvo allí una vez. Aunque no reconozca nada ni conozca a nadie, todo le es familiar. Odiseo fue feliz hablando con Euriclea y recordando la infancia con ella.

Valent: Lo dudo. Para mí que al poco tiempo se aburrió de todos y de todo, de Penélope, de la ignorancia de Telémaco, de los ignorantes itacenses que nunca habían salido de la aldea. Se aburrió de la vida de jubilado que llevaba, de la falta de desafíos, de la falta de peligros. Se aburrió de que nadie quisiera escuchar sus historias. Le dio por estar solo. Se iba a caminar a la costa, buscaba el silencio, el vacío del horizonte. Cuando no aguantó más se subió a la cóncava nave y se largó otra vez al mundo. Al final volvió con Penélope, que es lo que hacen todos. El humano es como el perro, siempre acaba volviendo a la querencia. Es como tus viajes imaginarios, tu montaña, tu isla, tu Porquerizas. Escribir es un viaje a ninguna parte, nunca se mueve del punto de partida.

Amo: Cuando uno es joven todos los caminos se ofrecen abiertos. Si entonces uno elige el camino de la escritura creativa somete su vida, sin saberlo, a un duro disciplinamiento. Renuncia a todo y concentra las fuerzas en recorrer la estrecha senda de “lo” literario. Si persiste, si sigue años, fiel, obstinadamente, algún día sabrá que eligió bien. Mejor dicho, que no tenía otra cosa. Es una decisión arrasadora, que cierra toda otra posibilidad. Es excluyente, no permite distracciones. Se queda con todo, afectos, pensamiento, intereses. Devora todo y no admite excusas, no admite falta de tiempo ni problemas económicos ni compromisos de otra índole. La compensación, cuando todo lo demás empieza a perder sentido, es la intensidad silenciosa que domina la vida. Una vez hecha la elección uno queda a la espera. Sabe, porque lo ha leído, porque compara, que la gran obra tarda en llegar, que difícilmente es accesible en la juventud. Debe sufrir la distancia que va desde la elección inicial a la obra ansiada de la

madurez. Mientras tanto, debe escribir estas obras imperfectas, preparatorias. Sabe que con ellas no arribará a la deseada.

Valent: Otro modo de ver las cosas sería que el individuo no se está preparando para escribir la gran obra, sino que se está haciendo a sí mismo. Mientras no se haga del todo no podrá decir lo que quiere decir. Y no podrá decirlo porque todavía no ha llegado a ser el que cree que debe ser. Así se le va la vida. Cuando llega se da cuenta de que la gran obra no existe ni existirá. Que la obra única es el conjunto de todo lo pequeño que ha hecho. Es lo que te pasa a vos. Estás siempre tratando de llegar sin saber que ya llegaste. La obra total, definitiva, única, es el trabajo de contar y no la novela que te van a publicar seis meses después de que te mueras.

Amo: Elegir el camino de la escritura creativa es elegir un modo de ser. Ni mejor ni peor que otros: un modo de estar en el mundo. De ahí que no haya que intentar la originalidad. Ser es ya ser original, único. La diferencia, si existe, surge sola. Es más, la sola elección es ya una diferencia, una especie de anomalía. Y, por serlo, lo mejor es mantener todas las otras variables dentro de "la normalidad". Demasiado raro y arriesgado es elegir el camino inconducente como para, además, agregarle rarezas a la existencia. En medio del caos que la actividad le crea, mientras juega juegos que a nadie interesan y en los que se le va la vida, ha de mantener la más adusta fachada de pequeñoburgués. Es más, si es consecuente debe buscar la invisibilidad, festejar el no reconocimiento, la gloria solitaria del desconocido. Para eso ha de escribir historias planas, tratar asuntos intrascendentes y que todo el mundo vea que son historias anodinas. A la vez hay que esconder en el centro de cada historia el veneno contra lo pequeñoburgués. Aunque es difícil escapar de la vanidad, de la búsqueda de notoriedad. Valent, yo de niño me hacía el muerto para llamar la atención. O me escondía debajo de la cama. Podía pasarme horas bajo la cama, a la espera de que alguien notara mi ausencia y empezaran a buscarme. Así hacemos los escritores, nos escondemos para que nos descubran. ¿Querés que nos escondamos debajo de la cama para ver si alguien nos encuentra?

Valent: No me escuchaste.

Amo: ¿Qué no te escuché?

Valent: Lo que dije.

Amo: ¿Qué dijiste?

Valent: No tiene importancia.

Amo: Sí la tiene porque te molesta.

Valent: Es verdad, me molesta. Te lo voy a repetir. Dije que siempre estás tratando de llegar sin saber que ya llegaste. Eso sí que no sos capaz de contarlo.

Amo: Es probable, pero no era el centro de lo que estábamos tratando.

Valent: Todo es el centro y nada no lo es. Es uno quien decide qué cosa importa y qué cosa no. Los escritores son buenos para escribir las debilidades humanas, pero tienen dificultad para hallar las propias. Hablan todo el tiempo de la mercantilización de la cultura y no paran de tratar de ganar algún premio. Desprecian los laureles y la gloria hasta que les tocan.

Amo: Pese a todo, la lluvia sigue cayendo sobre la noche.

Valent: No es cierto, no llueve.

Amo: Llueve, Valent, llueve. Llueve y seguirá lloviendo sobre el campo, sobre la tumba de los muertos queridos, sobre todas las cosas que quise y se me perdieron, sobre los mejores sentimientos que tuve y dejé que se secan, sobre las ilusiones del joven que fui. En noches así llueve hasta el día del Juicio Final, aunque no lo veas, aunque no lo creas, aunque la luna lo desmienta. Después de los sesenta años, si alguna noche no sentís esa fina lluvia que te moja los huesos es porque no has entendido nada.

Valent: Cada cual tiene derecho a que le llueva de esa forma, aunque sentir llover no arregla nada. Si no fuera perro te daría un abrazo, que es lo que estás necesitando.

Amo: Pero yo sí puedo abrazarte, que viene a ser lo mismo.

Valent: Nunca nada es lo mismo. Cuando la lluvia cae del modo en que te cae a vos, ya nada tiene arreglo. Estamos demasiado grandes para jugar. Y cuando nos ponemos a hacerlo, las cosas terminan de este modo. Yo también siento la lluvia, si eso te consuela en algo. Pero mi lluvia es otra, es la lluvia de los perros dedicados a sostener a sus amos cuando el agua les moja el alma, como a vos ahora. Mejor me duermo. No para abandonarte. Es que me parece que si me duermo te quedarás en paz, ahí, bajo tu lluvia. Así que digamos que me he dormido y la lluvia te sigue mojando y ya no te duele tanto.

Amo: Gracias, Hemeterio. Usted sí que es un amigo.

Valent: No se entusiasme. Mire que, igual que usted, tengo mis momentos.

## 6

Acerca de lo difícil que es escribir sobre lo que no se sabe.

Amo: Supongamos que es noche de invierno, estamos junto al fuego y tenemos una conversación inteligente.

Valent: Supongamos que son las diez de la mañana y hace calor.

Amo: Es una noche de invierno, tranquila, estamos al abrigo y hablamos de asuntos trascendentes con sencillez y camaradería.

Valent: No tengo ganas.

Amo: Pero solo supongamos.

Valent: Es verano, estamos sentados en el jardín y nos mantenemos en paz, con simplicidad, camaradería y nada trascendente.

Amo: Hecho.

Valent: Bien, hagamos como si.

Amo: ¿Eso qué quiere decir?

Valent: Que no hablamos, solo contemplamos la naturaleza.

Amo: No suena muy interesante.

Valent: Para mí lo es. Me pregunto qué sos capaz de hacer con un paisaje así.

Amo: Nada.

Valent: Lo sospechaba. Siempre soy yo quien tiene que sacar las cosas adelante. Bien, pongámonos a trabajar pero sin prisa.

Amo: Adelante.

Valent: ¿Qué es el pájaro blanco?

Amo: No lo sé.

Valent: No es una respuesta.

Amo: Sí que lo es.

Valent: Sí, es una respuesta, pero no responde la pregunta. ¿Cómo se puede escribir sobre lo que no se sabe?

Amo: Se puede, está hecho.

Valent: ¿Sobre qué cosas te importa escribir?

Amo: No lo sé.

Valent: Vamos mal. Uno supone que quien cuenta sabe qué es lo que cuenta.

Amo: No siempre.

Valent: Entonces, ¿acerca de qué escribe?

Amo: El camino de la escritura se hace escribiendo. Es un tanteo. Es un contrasentido, un absurdo. Escribir es una forma de poner el pie en territorio desconocido. La propia escritura crea el territorio, por tanto, no se lo puede conocer antes de partir. Se escribe para no conocer. Se empieza a escribir sin conocer y cuando la obra se termina, se conoce menos que al principio. Escribir es crear territorios, pero nunca se consigue conocerlos del todo. De ahí el extremo cuidado, las precauciones que hay que tener al escribir. No hay que crear territorios irresponsablemente. Aunque siempre hay algo de irresponsabilidad. Es lo que vos decís, no se debería abrir la boca, no se debería escribir nada, nunca. Habría que morir en medio del inmenso silencio de toda la vida.

Valent: ¿A qué se debe que escribas siempre lo mismo?

Amo: Es probable que se deba a que no sé hacer otra cosa.

7

Valent: Veamos si las cosas están bien tal como están. ¿Quién sos?

Amo: No lo sé

Valent: ¿Dónde estás?

Amo: No lo sé.

Valent: ¿Quién es tu amo?

Amo: No tengo.

Valent: Un hombre sin amo no es un hombre. Debe, por lo menos, tenerse a sí mismo como amo.



**8**

Valent: ¿Nunca tuviste un pensamiento democrático, liberal?

Amo: La democracia acaba disolviéndose en la estadística. Las estadísticas están basadas en encuestas hechas generalmente después de una fuerte campaña de propaganda.

## 9

Valent: La coherencia ideológica es una monstruosidad. Acaba en la pérdida del sentido de la realidad, en la pérdida del mero sentido común.

Amo: Postular la coherencia ideológica como norma es un error de juventud.

Valent: También entiendo que quieras ser otro. Ha de ser muy aburrido querer ser el que ya se es. ¿No será que en realidad querés ser el que ya sos, pero estás convencido de que no lo lograrás y ese es el estímulo que te mueve a ser como sos?

Amo: No te sigo.

Valent: Quiero decir, tu esencia radica en que sos el que querés ser, pero no estás seguro de si realmente lo lograrás, o si lo lograrás todo el tiempo. Porque si lo lograrás, nunca llegarás a saberlo. Y cuando lo sepas, cuando te enteres de que sí llegaste a ser el que sos, estarás muerto.

Amo: Nunca lo había visto así.

Valent: Es diferente a hacerse pasar por otro.

Amo: Yo no me hago pasar por otro. A veces no sé si me hago pasar por mí mismo.

Valent: También puede ocurrir, no sé si es tu caso, de que de tanto querer ser otro, al final lo conseguiste y ahora vivís con nostalgia de aquel que dejaste por el camino. Porque para ser otro debiste dejar de ser el que eras. Pero como siempre querés ser otro, la nostalgia se te vuelve infinita. ¿Por qué no te quedás con el que ya sos? ¿No sería todo más llevadero?

## 10

Valent: Nadie ha demostrado que el saber sea necesario para vivir ni que haga feliz a nadie. Es más, se sospecha que el conocimiento y la cultura provocan cierta tendencia a la incertidumbre, a la introspección y, a la postre, conducen a la melancolía. Deberías pensar si no es hora de dedicarte a otra cosa. Aunque ya me lo has dicho, y yo comparto, para vos es tarde para todo. Pero igual, quizá podrías ir desprendiéndote de tu vida de a poco, haciendo cosas que nunca has hecho.

Amo: ¿Por ejemplo?

Valent: Dejar de pensar que la vida consiste en cumplir. No hay que cumplir nada. La única obligación que existe es vivir.

Amo: Pero vos me has dicho que hasta los perros tienen obligaciones.

Valent: Para el perro vale lo mismo. Su única obligación es vivir.

Amo: Y cuidar al amo.

Valent: Cuidar al amo no es una obligación, es un destino.

## 11

Valent: Si algún día dejaras de imitar, de tratar de ser el que no sos, si consiguieras ser de verdad otro y entonces descubrieras que tu auténtica manera es no ser auténtico, ¿qué harías?

Amo: Eso ya lo pensé y te aseguro que no me soluciona nada.

Valent: ¿Y si un día se descubriera que no existís, que no has existido nunca, que sos un error, un malentendido?

Amo: Siempre habría alguien que sería responsable del error, alguien que generó el malentendido. Ese alguien tendría algo de mí.

Valent: Ni siquiera es necesario. El malentendido vendría por un error de perspectiva, como un paisaje que, mirado a contraluz, hace que todos veamos lo que horas después, cuando el día avanza, comprobamos que no existe.

Amo: Siempre algunos dudarán si de verdad vieron lo que vieron. Quedarían los libros, objetos que probarían la existencia del individuo de marras.

Valent: Podría demostrarse que fue una broma hecha por un grupo de personas que sembraron pruebas, escribieron los libros, elaboraron las críticas, que luego condujeron a que personas que desconocían la operación produjeran monografías, tesis.

Amo: Una gran operación llevada adelante durante treinta años.

Valent: La operación no tendría por qué ser muy grande. Ni siquiera sería necesario contar con un grupo. Bastaría un individuo, uno solo, que se propuso la tarea de confundir, por diversión, por perversión, por venganza.

Amo: ¿Y las entrevistas al supuesto autor?

Valent: Ahí tendrías un papel, sin dudas. Vos habrías leído las obras atribuidas a Liscano, te habrías informado, y te integraste a la gran farsa hablando como si vos las hubieras escrito. Entonces tendrías una existencia vicaria, como comparsa del gran falsario. Vos y él constituirían el equipo, él escribió y vos te inventaste un personaje que se dedicó a dar la cara.

Amo: Pero entonces habría siempre un autor, el gran falsario, para el que yo a sabiendas he trabajado. Podrías agregar que hay quienes suponen que, a su vez, el gran falsario copió lo que alguien dejó inédito, me lo atribuyó a mí, yo acepté la mentira y me hice cómplice. Entonces yo tendría una existencia, sería por lo menos cómplice. Acá introducimos la figura del cómplice de sí mismo, que no me parece original.

Valent: Podría especularse con esa idea, pero todo se hace demasiado complejo. Porque cualquier día aparece alguien que demuestra que, a su vez, el autor inédito a quien el falsario copió, también había copiado a otro. De nunca acabar.

Amo: ¿Entonces?

Valent: Habría que averiguar quién fue, quién es el gran falsario, qué relación los vincula a ustedes dos.

Amo: De todos modos, independientemente de cuántos hayan participado, me parece una operación gigantesca, sostenida durante años. Una especie de inmensa obra de teatro con un par de figuras centrales y decenas o centenas de figuras secundarias. Yo sería uno de los personajes secundarios de un texto escrito por otros. Te diré que no me desagrada la idea de ser cómplice de ese falsario desconocido. Habría que preguntarles a tres o cuatro que se han ocupado de la obra qué les parece la idea. ¿Se sentirían engañados?